

Un arma de doble filo

Me marché de casa con una sola esperanza sobre la que se podía edificar la de una familia entera. Lo había apostado todo de todos. Meses atrás llegó el rumor al pequeño pueblo donde yo vivía con mi esposa a duras penas alimentando a nuestros hijos. Persistíamos mejor los meses que sobraba algo del cultivo que yo entregaba después de cada cosecha a algunos de mis compradores. ¡Quién inventase el dinero! Arma que trae el diablo cargada de las lacras de la sociedad. Y cuán avergonzado me siento de que ello sea el motivo de mi partida.

Yo era un medio analfabeto con un corazón grande. Amaba a mi mujer y a mis hijos, y me dolía como a cualquier padre separarme de ellos. Por lo menos he sido capaz de aprender a escribir del todo en este largo viaje. La noticia de una expedición a tierras lejanas me llenaba de incertidumbre pero tras días de reposar la reflexión mi mujer creyó que sería una buena idea, y así como un niño en su primer día de colegio me embarqué a la aventura hacia lo que llamaban América. Ese billete de barco costaba lo que la cosecha de un año entero, y yo, que aún poco entendedor en cuentas sé el esfuerzo que la cosecha supuso para mí; entendía a la perfección la presión y la responsabilidad que ahora portaban mis hombros.

El viaje duró dos meses o eso me dijo el capitán, cuando salimos por primera vez a suelo “americano”; yo había desistido en contar las noches y los días pues todos me parecieron igual de agónicos. No soportaba el mar, y bien sepa usted que era mi primera vez en barco y la última. Cuando allí desembarcamos mi corazón recobró la vida que a sacudidas las olas robaron, junto a las noches en vela; soñando despierto con mi familia. Mi labor era clara, retornar con el capital a mi país para poder costear una vida digna a mis allegados.

Llevé en mi equipaje herramientas y muchas muestras de lo que en mi tierra abundaba en el suelo. De poco me sirvió, pues allí descubrí que el monopolio de la agricultura era allí algo “exótico” para mí, aún así nada me detuvo. Cumplió un año de mi estancia y mucho había aprendido. Sepa Su Merced que a mí es fácil sorprenderme porque poco mundo he visto, pero en este caso hice una fortuna tan grande tal que fui yo el sorprendido. Había cumplido con mi encomienda (tal y como entiende allí al reparto de terreno e indios sepa usted).

Lleno de oro y con toda la carga disuelta me disponía a volver a España. El mismo capitán que me vio zarpar me congratulaba por el empresario en que me había convertido y me prometía vida feliz con todo lo que yo llevaba; y eso deseaba yo. En las bodegas de aquel barco de esperanza estaban depositadas algunas de mis cosechas más dignas, como la vida que iba a ofrecerle a mi familia.

El agua las tragó todas, todas mis esperanzas, aspiraciones, anhelos, todo aquello por lo que había trabajado tan duro. Se esfumó. Y usted se preguntará cómo puedo contarle, pues bien al volver a mi país a pesar de haber sobrevivido, he tomado una decisión.

Las cartas me llegaron con retraso, y al no terminar su narración yo me quedé expectante hasta que un conocido de Galicia recuperó alguna que otra noticia sobre él. Si el mar se llevó sus deseos, él los enterró vivos bajo el oleaje a su vuelta de la expedición. Según lo que oí, no soportó la deshonra en que se había convertido para sus seres queridos, y tal fue su miedo que no retornó al pueblo para dar la noticia.